

Hernán San Martín

En la barca de Ulises

EL paso de Italia a Grecia significa llegar a un mundo geográfico diferente. País de montañas áridas que caen abruptamente al mar, los campos interiores impresionan también por la sequedad. Viajando por Atica y Peloponeso no vi ríos. En cambio sí muchos asnos dando vueltas y vueltas el día entero alrededor de la fuente, moviendo el sistema que sube el agua desde el fondo de la tierra.

Estas regiones del Peloponeso tienen algo de la tragicidad del héroe mitológico que les dio su nombre, Pélope. Son rudas, sin una línea de gracia en el perfil de las colinas ni una suavidad en los valles. No hay flores. Todo está seco, como calcinado por el recuerdo de algo grandioso que se perdió definitivamente.

Sin embargo, esta tierra que parece tener sólo mar como belleza, ha sido tierra de civilizaciones riquísimas. La más antigua de las civilizaciones propiamente dicha se desarrolló en Creta.

Del 1100 al 330 a.C. se produce el desenvolvimiento de la civilización griega, pasando por los períodos proto-geométrico, geométrico, arcaico y clásico. Hasta llegar a este último, los griegos fueron asimilando todo el conocimiento

del mundo mediterráneo, egipcio, y buena parte del oriental. De este período son los más interesantes sitios que se pueden hoy visitar en Grecia. Nuestro itinerario incluyó desde el Cabo Sounion, en el extremo del continente, allí donde los griegos del tiempo de Pericles levantaron un hermoso Templo de Poseidon, hasta Eleusis, Dahní, Marathon, Corinto, Micenas, Olimpia y Delphi. Lamentablemente, la destrucción más despiadada ha convertido todos estos lugares en ruinas.

Pasamos por Tanagra. La villa está en el camino hacia Corinto. De su necrópolis salieron a la luz, modelados en arcilla, centenares de estatuillas de mujer cuyo significado es oscuro. Lo cierto es que, a pesar de haber vivido miles de años en la soledad sepulcral, su belleza no ha perdido frescura. Son esbeltas y graciosas, femeninas y coquetas. Algunas parecen danzarinas, otras sacerdotizas de algún culto ignorado. Las hay también frívolas y provocativas bajo el manto de lino.

Lo más extraordinario es que mientras en Tanagra no queda nada del pasado, estas figurillas de greda permanecen en los museos como cosa viva, real, humana.

CARNET DE VIAJE

Después que lo griego-clásico decayó, la tierra fue asiento de la civilización Helenística (330-67 a.C.) que extendió su sabiduría por todo el mundo mediterráneo. Simultáneamente surgía el mundo romano con rasgos peculiares, aunque heredero directo de lo griego. Es la civilización greco-romana (67 a.C. 323 d.C.). Sólo en la vida política y en lo jurídico Roma se desprendió de la cultura griega; en literatura, artes plásticas, ciencias y filosofía no pudo independizarse de la matriz griega. El derecho, expresión de la razón práctica antes de la teoría, es el más acabado de los productos culturales de Roma y el más original.

En medio de tanta destrucción, Atenas, la ciudad blanca enclavada entre siete colinas, nos reconforta. Las casas se desparraman al pie de la colina amarillenta de la Acrópolis y se pierden en el horizonte.

En la cumbre de la colina sagrada sueñan, otoñales, los mármoles heridos del Partenón...

Al subir a la Acrópolis lo que primero impresiona es el templo de la Victoria Sin Alas que está en un peñón recordando los triunfos de los atenienses sobre los medos y el fin de las invasiones persas. Templo diminuto es, en cuanto a proporciones, un compendio de equilibrio y perfección.

Para saber exactamente cómo era el Partenón habría que reconstruirlo y darle los colores de que lo adornan los griegos. Tan deteriorado y desteñido está. Su policromía, así como la de las estatuas, sería hoy mirada con espanto por los ojos occidentales acostumbrados a mirar los mármoles griegos blancos. El color les vino a los griegos desde Oriente así como lo decorativo del orden jónico. ¿Cómo se vería el Partenón con rayados

de color azul en las estrías de los triglifos y oro en las gotas?

Hoy apreciamos los mármoles griegos sólo por la belleza de sus formas, pero antes lo fueron también por el color.

Si Pericles y Fidias volvieran a vivir y subieran a la Acrópolis sufrirían mucho. Quince años demoró Fidias en levantar el Partenón. Aquí dejó todas las obras mayores de su genio, incluyendo la estatua gigantesca de Atenea que el emperador Teodosio, siglos después, hizo llevar a Constantinopla. Después vinieron los cristianos y convirtieron el Partenón en iglesia cristiana. En el siglo XV llegaron los turcos, echaron a los cristianos del templo y lo convirtieron en mezquita. En el Erecteón, al lado del Partenón, un sultán instaló su harem. En el siglo XVII nueva guerra entre cristianos y musulmanes y el Partenón convertido en polvorín y fortaleza, estalla en mil pedazos. Por último vinieron los ingleses y franceses y se llevaron las mejores estatuas, los mejores frisos, la mayoría de las metopas.

Lo que quedó de tanta ruina y piratería es lo que hoy vemos en la Acrópolis. A pesar de todo, el Partenón, con sus piedras rotas, sigue siendo el edificio de la armonía, el templo de la gracia alada, el logro del efecto con el máximo de simplicidad. Porque si bien las pirámides de Gizeh son grandiosas y los templos del Luxor y Karnak son complicadamente hermosos, lo notable en el templo griego es la obtención de máximos y hondos efectos con un mínimo de elementos. La riqueza estética es mayor en el orden dórico (Partenón) de la arquitectura en donde el ideal de simplicidad alcanza su mejor expresión.

Vagamos como desolados en una llanura, entre columnas y enormes bloques

de piedra semi-rosada. Los turistas toman fotografías de todos los rincones. Por los huecos de los arquitrabes destruidos o de los muros destrozados o del techo que no existe, se ve el cielo brillante de Grecia o la blancura de la luna de Atenas.

Donde antes estaba la diosa de oro y marfil, en el centro del templo hoy existe el vacío. En algunas de las metopas se ven fragmentos de las figuras que formaban el cuadro del combate de los atenienses con las amazonas, lo demás está vacío.

Junto al Partenón está el Erecteón. Es un rectángulo que mantiene en pie las seis columnas jónicas que forman su pórtico oriental y todas las erigidas en la parte que mira al poniente. Su friso es de mármol azul. A un lado se ordenan las seis cariátidas inmortales que constituyen lo vital del edificio. Son esbeltas y sostienen el cornisamiento con la gracia de quienes llevarán en la cabeza cestas de flores.

En una de las faldas de la colina, la falda más suave y extensa, está el templo de Teseo. Es el único de los santuarios helénicos que se ha mantenido sin deterioro excepto en las metopas del friso exterior y en las figuras del frontón. Sus líneas generales están intactas lo mismo que los triglifos y columnas.

Sin embargo, el templo de Teseo nos deja fríos, tal vez porque el enlace de los movimientos es pesado y las trabazones corporales espesas o porque no está ubicado tan destacado o espacial como la mayoría de los templos griegos.

Los museos de Atenas son ricos, pero podrían serlo mucho más si las obras representativas del arte griego no hubieran sido extraídas de Grecia por los piratas de siempre. El Museo Nacional cuenta con ejemplares únicos de cerámi-

ca, orfebrería y escultura. Los vasos prehelénicos son extraordinarios por su sinceridad.

La escultura está bien representada, pero en su mayoría por copias romanas del original. Esto es general para el arte griego, al cual conocemos más por referencias que directamente. Los originales se han perdido en música, pintura, danza. Se han conservado en parte, en escultura y arquitectura. De la estatuaria griega, por ejemplo, casi no conocemos obras originales completas aparte de algunos monumentos arcaicos como la Hera de Samos, el Apolo de Tenea el Moscóforo y de algunos relieves como los del templo de Segesta, en Sicilia, y de alguna otra célebre estatua como el Hermes de Praxiteles. La mayor parte de las obras que vemos en los museos son copias romanas de los originales.

En las galerías de estatuas se ve claramente la evolución de los escultores griegos. Antes del siglo V a.C. eran fieles a las influencias orientales en el colorido y en el uso de pesadas vestiduras y túnicas asiáticas. Hacia el siglo V la escultura griega se liberó de la influencia oriental y apareció el desnudo y el culto a lo natural. El naturalismo estético de los griegos surgió como algo enteramente nuevo si lo comparamos con la fantasmagoría casi onírica del arte oriental o la estilización convencional de lo egipcio. Pero, en realidad, ese naturalismo estaba presente antes en los Indos y en algunas expresiones del arte indio. En cambio, el humanismo estético es, a nuestro entender, el rasgo característico y original de la compleja cultura griega.

A menudo se presenta al pueblo griego antiguo como el prototipo de pueblo artista porque buscó la forma como medio expresivo y se recreó en ella. La

CARNET DE VIAJE

verdad es que esto no ha sido nunca privativo de ningún pueblo. Desde los comienzos de la vida cultural el impulso estético se manifiesta en el hombre. Tampoco puede decirse que los griegos descubrieron el verdadero ideal de belleza. Los viajes que este libro narra

demuestran precisamente que el ideal de belleza es cambiante y ha sido distinto en cada período de la sociedad.

Lo que los griegos aportaron fue la visión distinta del hombre y del universo que al expresarse en las artes dio lugar al humanismo estético.